

LADRILLOS, LADRONES Y OTROS AMORES

ADAPTACIÓN REALIZADA POR JOSÉ MANUEL MOTOS DE LA OBRA “¡AY, MANOLO!” DE TERESA CALO Y DE VARIAS PIEZAS BREVES DE “CUADROS DE AMOR Y HUMOR, AL FRESCO” DE JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS.

Un salón. Al fondo, la puerta principal del piso. Hacia los laterales, salidas a pequeños pasillos distribuidores que conducen al resto de las dependencias de la casa. El salón está en obras. Los sofás retirados y cubiertos con plásticos. Alfombras enrolladas y apoyadas en la pared. Papeles protegiendo el suelo. Unos muebles apilados o arrinconados en una zona. En el centro, aproximadamente, dos obreros trabajan en el levantamiento de un nuevo tabique. Éste no ha alcanzado más de un metro de altura. Alrededor de los obreros, los materiales y útiles necesarios para la obra: ladrillos, cemento, un cubo con agua, paletas, etc.

1ª ESCENA

Los albañiles

(Al comienzo de la función, los dos obreros mencionados están en plena faena. Fermín es el mayor, entre cuarenta y cincuenta años. Manolo es su ayudante y ronda los treinta. Fermín encaja cuidadosamente un ladrillo en el tabique, retirando con la paleta la masa sobrante. Manolo le va pasando el material que solicita.)

FERMÍN: Ay, Manolo, no somos nada. Medio.

(Manolo le pasa medio ladrillo.)

Toda la vida currando como cabrones, privándonos de cantidad de cosas, reprimiéndonos, por así decirlo... ¿Para qué, eh? ¿Quieres saber para qué? Uno.

(Manolo le pasa un ladrillo.)

Te lo voy a decir. Para nada. Un buen día, por así decirlo, desayunas, sales de tu casa y, cuando vas tan ancho por la calle, te cae encima un andamio y se jodió. Medio.

(Manolo le pasa el medio ladrillo.)

Finito, caput, al hoyo. Se acabó. Foto en el periódico y a otra cosa mariposa. Litera en el camposanto y flores el día ese de todos los muertos o todos los santos o como cojones se diga. Uno.

(Manolo le pasa un ladrillo.)

Y para eso te has pasado... déjame calcular. Si me pasara a mí hoy mismo, por un suponer, serían algo así como... a ver, desde los catorce... treinta años, a 330 días currando al año... 9.900 días, por... voy a ponerle doce horas, que son más, por si saliera algún día menos... 100.980 horas del ala, aquí, de rodillas, o en una escalera, o cargando cemento como un cabrón. Si es que no hay derecho, coño. No hay derecho. ¿No dices nada?

MANOLO: Se te va a secar la masa.

FERMÍN: La masa la controlo yo muy bien, no te vayas a pasar de listo y le quieras enseñar a un padre a hacer hijos.

(Mete la paleta en el cemento y, efectivamente, la masa está dura.)

Pásame un poco de agua.

(Manolo le pasa el agua con cara de "ya te lo decía yo".)

¡Y contéstame, joder!

MANOLO: ¿A qué?

FERMÍN: Joder, ¿a qué va a ser? A lo que estamos hablando.

MANOLO: Será a lo que estás hablando tú, en todo caso, que yo no he metido baza.

FERMÍN: Pues eso te digo. Dame tu punto de vista, que parece que trabajo solo. Medio.

MANOLO: Si es que no sé qué decir. No sé a qué coño te ha entrado esa perra con el andamio. No sé por qué te tiene que caer un andamio, ni que se le cayera a uno todo los días un andamio cuando va por la calle.

FERMÍN: Joder, el andamio era un ejemplo.

MANOLO: Malo.

FERMÍN: ¿Por qué malo?

MANOLO: Más fácil es que te caiga una teja. ¿Cuántas tejas hay en una ciudad? Incontables. Pero andamios... tampoco hay tantos, tantos, tantos, como para que se te caiga a ti, precisamente a ti uno.

FERMÍN: Sí te cae una teja la puedes esquivar, listo. Y pásame el medio, coño, que ahora sí que se me va a secar la masa.

(Manolo le pasa el medio.)

MANOLO: Como hay Dios. Si te cae, te cae, si la esquivas es que cae, no que te cae. Un andamio sí que lo puedes esquivar, pero una teja...

FERMÍN: ¿Cómo que puedes esquivar un andamio?

MANOLO: Como que es una estructura con huecos. Tú puedes ir por la calle, caerte un andamio encima y quedarte en medio de uno de esos huecos ileso total, ¿o no? pero una teja, amigo...

FERMÍN: Vaya chorrada. Si nos ponemos en ese plan, entonces tampoco te cae el andamio, sino el hueco del andamio, ¡no te jode éste! ¡Eres más listo a veces, Manolo...!

MANOLO: El hueco del andamio es el andamio en sí mismo, Fermín, que eres tú el que te crees muy listo y no eres tan listo. Vamos a ver, ¿existe en el mundo un andamio macizo? ¿Sin huecos?

(Chasqueo de dientes y sacudida de cabeza de Fermín.)

No, ¿verdad? Porque el andamio es eso: metal y huecos. Y nadie habla del metal del andamio y los huecos del andamio, el andamio es un todo indivisible.

FERMÍN: Hala, sí, vale, no te enrolles.

MANOLO: ¡Cómo te jode reconocer que tengo razón! Es que tú te crees que yo no me entero de nada y te equivocas. Que yo tengo mucha vida Fermín, ¡mucha!

FERMÍN: ¿Mucha vida tienes tú?

MANOLO: Mucha.

FERMÍN: ¡Qué vas a tener!

MANOLO: ¡Qué vas a saber tú!

FERMÍN: ¿Qué vida tienes tú? ¿Eh?

MANOLO: Bastante.

FERMÍN: Bueno, ya no es mucha, es bastante. Uno.

MANOLO: ¡Más que tú, mira!

FERMÍN: ¡Ya! Uno.

MANOLO: A ver si te crees que no he hecho nunca otra cosa que pasar ladrillos.

FERMÍN: Uno.

MANOLO: Lo que pasa es que no largo tanto como tú. Yo de mi vida no hablo mucho. Me la guardo.

FERMÍN: Pues que te aproveche. Y pásame el ladrillo, coño, que se me está secando la masa.

MANOLO: ¡No me da la gana, joder! ¿A qué coño has tenido que empezar a hablar del andamio?

FERMÍN: Existencialismo.

MANOLO: ¿Qué?

FERMÍN: Ni puta idea, ¿no? Mucha vida, mucha vida, pero no tienes ni puta idea de lo que es el existencialismo.

MANOLO: Y tú sí, ¿no te jode?

FERMÍN: Sí.

MANOLO: A ver, explícate.

FERMÍN: Pásame el ladrillo. Pásame el ladrillo y te lo explico.

(Manolo duda pero, finalmente, le pasa el ladrillo.)

MANOLO: A ver, ¿qué es?

FERMÍN: El existencialismo es el andamio, Manolo.

MANOLO: ¡Vete a tomar por culo!

FERMÍN: En serio, Manolo. El existencialismo es estar aquí, levantando un tabique, con el lumbago a punto de estallar, y que te dé la cabeza para pensar que a lo mejor estás haciendo el gilipollas; que vida sólo hay una y a ti se te está yendo en este tabique; que todo eso que no te deja dormir –los plazos, la hipoteca, el futuro de los hijos-, se va a la mierda en un segundo si vas por la calle y te cae un andamio.

MANOLO: ¿Un andamio?

FERMÍN: O una teja. ¿Lo coges?

(Manolo se empieza a limpiar las manos y a quitarse el buzo.)

FERMÍN: ¿Qué haces? ¿Qué hora es? No es la hora de comer todavía. ¿A dónde vas?

MANOLO: Me largo.

FERMÍN: ¿A dónde?

MANOLO: No lo sé. No te aguanto, Fermín. Una cosa es currar como un cabrón para sacar cuatro duros y otra que encima tu patrón te amargue la mierda de vida que llevas con que en cualquier momento se te puede caer un andamio.

FERMÍN: ¡Estaba filosofando, joder!

MANOLO: ¿Filosofando? ¿Filosofando? Mira... mira.

(Inicia salida.)

FERMÍN: Espera, joder.

MANOLO: Que no se menta el andamio en casa del obrero, joder. Que me has tocado mucho los cojones. Y que además tienes razón, qué coño. Sólo hay una vida, cualquier día pasas por la calle y... Y ahí te quedas, Fermín.

(Sale.)

FERMÍN: Manolo, vuelve aquí, joder. No me hagas esto, coño, no me dejes colgado con el tabique.

(Se levanta y se asoma a la puerta de entrada.)

Pues, se ha largado de verdad el tío.

(Se sienta.)

Si es que no se puede uno ni desahogar. En casa, ni se te ocurra; en el bar, que das la murga; en el curro... En el curro ni a tu subordinado le puedes abrir el corazón. Y encima me están doliendo los riñones que parece que se me van a reventar... Total, para que un día... ¡Qué puta mierda de vida ésta!

(Se levanta enérgicamente.)

¡A tomar por culo! Me largo yo también, qué coño. Total...

(Sale. El escenario queda vacío. Se oyen sus pasos por la escalera. Unos segundos de silencio y después gritos, alguien que vocea ¡El andaamioooo! Un estruendo.)

(Oscuro.)

2ª ESCENA

El matrimonio

(Inés sentada en el sofá. Maleta preparada y billete de avión encima. Suena la puerta al abrirse. Se levanta enfadada y enérgica. Entra Carlos.)

CARLOS: Venga, explícame en qué consiste la urgencia. He dicho en la oficina que volvía en veinte minutos.

INÉS: Me da igual, que me tienes muy harta. Trabajo, trabajo y trabajo. Siempre la excusa del trabajo.

CARLOS: ¿Por qué me has llamado?

INÉS: ¿Por qué va a ser? Por el dichoso tabique *(señala al tabique)*.

CARLOS: ¿Tampoco hoy han venido a trabajar? No lo entiendo si yo...

INÉS: *(Cortando a Carlos.)* Aquí no ha aparecido nadie. Está todo igual: el mono, el cemento seco, igual, vaya. Y tú no les has llamado, claro.

CARLOS: No me escuchas INÉS. Ayer me dijeron que hoy comenzaban, y en dos días lo tenían acabado.

INÉS: No me fastidies, Carlos, que anteayer me dijiste lo mismo.

CARLOS: Tranquilízate. Los llamo ahora mismo. Pero tú no tienes que esperar. Vete, se te va hacer tarde. ¿A qué hora sale tu avión?

INÉS: Ni mucho menos. Me espero a que hables con ellos.

CARLOS: *(Saca el móvil, marca. Espera y habla bajo y de espaldas a la boca del escenario.)* Oiga, soy Carlos Sanchís. Sí... oiga...

INÉS: *(Aparte, de cara al público. En un monólogo irónico.)* Me espero, por supuesto que me espero. Porque no me fío. Si lo pierdo es por tu culpa. Que los tienes cuadraos, hijo. Que ya me sé yo el truco de la reunión...

¡Como si yo no tuviera nada que hacer! Si por él fuera, tenía yo que suspender el viaje y perderme el Congreso. Pero bien que invita a sus socios a cenar, con la casa así..., y que no me diga lo del restaurante, que lo que yo no estoy dispuesta es a estar viviendo como okupas.

CARLOS: *(Cuelga el móvil.)* Solucionado. Que esta mañana les ha surgido una emergencia. Esta tarde están aquí.

INÉS: ¿Cómo? ¿Te han cogido? ¡Vamos, es el colmo! Llevo tres horas llamando y llegas tú y a la primera. Para que luego digan que no hay machismo.

CARLOS: He hablado con ellos, ¿no? Tendrías que alegrarte.

INÉS: Claro que me alegro, pero es que me da rabia. Bueno, ¿qué te han dicho?

CARLOS: Que a uno de los albañiles, a la hora del bocadillo, le cayó un andamio encima y está en el hospital.

INÉS: ¿Qué? ¿En el Hospital? ¿Un andamio? ¿Cómo le va a caer un andamio?

CARLOS: Pregúntaselo a él. Sería educado por nuestra parte hacerle una visita.

INÉS: Bueno, bueno, vale... Pero, oye, ¿y el otro? Porque eran dos, ¿no?

CARLOS: Se ha ido a la India.

INÉS: ¿Qué se ha ido a la India? ¿Pero qué pinta un albañil en la India? Mira, a mí todo esto me parecen excusas.

CARLOS: Inés, que uno ha estado a punto de morir aplastado por un andamio y el otro ha emigrado a la India. ¿Te parece poco castigo? A veces pienso que eres un poco bruta.

INÉS: ¿Bruta? ¡Encima! No es que no me importe lo del accidente, pero... ¿Cómo está?

CARLOS: Ha estado en coma, pero ya se ha recuperado y no parece nada grave.

INÉS: Nada grave. ¿Ves? Lo que yo decía. Entonces le darán el alta pronto, ¿no?

CARLOS: No, porque ahora está siendo tratado por un equipo multidisciplinar de psicólogos, psiquiatras y asistentes sociales. No hace más que reír y llorar. Parece que tiene un shock emocional.

INÉS: ¿Un shock emocional? Un shock me va a dar a mí como no me terminen esto de una vez. Mira, ya está, llamas a otros y listo.

CARLOS: Eres insensible, Inés. A veces creo que me he e..., en fin.

INÉS: ¿Qué dices? No soy ninguna insensible, es que...

CARLOS: Has cambiado mucho desde que te conocí. Hay momentos en los que no te reconozco.

INÉS: No me digas eso... ¿De verdad piensas eso de mí?

CARLOS: Venga, coge tu maleta. Vas a perder el avión. ¿Te llamo un taxi?

INÉS: No, no pienso irme sin aclarar esto antes contigo. Carlos, cariño, estás nervioso..., y yo también estoy nerviosa..., igual me he pasado un poco, pero...

CARLOS: *(Cortándola.)* Creo que debemos separarnos o, por lo menos, darnos un tiempo para repensar nuestra vida.

INÉS: ¿¿Qué?? No lo dirás en serio, ¿no?

CARLOS: Vete a tu congreso y cuando vuelvas hablamos con más tranquilidad, pero hace tiempo lo vengo pensando.

INÉS: Bueno, pues muy bien. No te creas que te voy a suplicar. Pero te voy a decir una cosa: todo esto de los albañiles te lo has montado tú para ponerme histérica y tener una excusa para dejarme. ¡Que nadie pide la separación por un tabique, hombre! Y no me digas que no es por el tabique, porque es por el tabique, y si no ten huevos de decirme la verdad: que hace tiempo que tenías pensado pedirme el divorcio. Y me parece muy cobarde que me lo digas justo cuando me tengo que ir a...

CARLOS: Hasta luego, Inés. El que se va soy yo. Tengo que trabajar. Adiós, Inés.

(Sale.)

INÉS: *(Reacciona tarde, atontada)* ¿Carlos?

(Al poco, se recompone.)

¡A mí no me deja nadie así, ¿te enteras?! ¡Y si te crees que te voy a llamar yo, vas listo! Imbécil, que eres un imbécil.

(Llama por su móvil.)

Un taxi a la calle Concordia, 52, por favor.

(Cuelga y recoge sus cosas.)

Y más vale que cuando vuelva me encuentre esto terminado, que si no... ¡Vamos, hombre...!

(Sale.)

(Oscuro.)

3ª ESCENA

Las compradoras

(Inés, la misma mujer de la escena 2. El mismo decorado. La primera parte de esta escena debe parecerse lo más posible a un encadenado cinematográfico. Para eso jugaremos con la puerta de entrada –a la vista en el decorado- y las salidas que conducen a cajas y que se supone dan paso al resto de las dependencias, y con los pertinentes balances de luz. La mujer está recibiendo a posibles compradores del piso que ha decidido vender.

La Compradora 1 aparece con absoluta cara de asco, por la zona de habitaciones seguido a pocos pasos de la mujer, que intenta sonreírle. Mira a su alrededor.)

COMP.1: Lo que no me parece es que tenga mucha luz.

INÉS: Tiene, tiene. Es un sexto. Lo que pasa es que ya ha anochecido. Por eso le propuse que viniera el domingo por la mañana.

COMP.1: Los domingos son sagrados para mí. ¿Qué orientación tiene?

INÉS: Sureste.

COMP.1: ¿Está segura?

INÉS: Absolutamente.

COMP.1: Demasiado calor en verano.

INÉS: Bueno, aquí los veranos son cortos.

COMP.1: El clima está cambiando. ¿No ha oído hablar de la desertización?

INÉS: Sí, claro. Pero...

COMP.1: ¿Goteras?

INÉS: No. Nunca hemos tenido problemas de goteras. Además los trasteros están encima, así que...

COMP.1: Pero me ha dicho que éste no tenía trastero.

INÉS: No, no quedaban cuando lo compramos. Y como el piso es bastante grande...

COMP.1: ¿Cuántos metros ha dicho?

INÉS: Noventa útiles.

COMP.1: ¿Está segura?

INÉS: Completamente.

COMP.1: ¿Útiles, eh?

INÉS: Útiles.

COMP.1: Parece más pequeño.

INÉS: Puede medirlo si quiere.

COMP.1: No, si me da igual. En realidad yo prefiero alquilar algo, a no ser que viera una cosa realmente interesante.

INÉS: *(Conteniendo su irritación.)* Bueno, pues este ya lo ha visto.

COMP.1: Oiga, ¿y ese tabique? ¿No va a terminar la obra antes de venderlo?

INÉS: No. Bueno, es que me corre cierta prisa y no tengo tiempo para seguir la obra. Además, puede que el comprador quiera hacer otra cosa, así que no merece la pena.

COMP.1: Yo podría llegar a veinticinco.

INÉS: ¿Cómo dice?

COMP.1: Millones. De pesetas, claro. En euros vendrían a ser...

INÉS: No se moleste, no me interesa.

COMP.1: Pues es mi última oferta. Teniendo en cuenta que tiene prisa y que el piso está hecho un asco, con la obra sin terminar, debería aceptar. No está mal. Pero es que yo siempre he vivido en el centro, ¿comprende? Este mismo piso en el centro, me interesaría, probablemente. Siempre que resolvieran ustedes el tema del tabique, claro. ¿Lo piensan resolver?

INÉS: ¿No dice que quiere un piso en el centro?

COMP.1: Sí, no me acostumbraría a vivir en otra zona.

INÉS: ¿Pues entonces qué le importa lo que haga con el tabique?

COMP.1: No, si yo lo digo por usted, a mí...

INÉS: *(Correcta, pero definitivamente antipática.)* Lo siento. No estoy dispuesta a regalarlo. Y menos a usted. Buenas tardes.

(Le abre la puerta de la calle y el tipo se va. Apenas la cierra, suena el timbre y aparece una señorita.)

COMP.2: Hola, vengo por lo del anuncio.

INÉS: Ah, sí, Cristina, ¿no? Pase, pase.

COMP.2: ¡Qué salón más amplio!

(Pasando en un segundo del entusiasmo a la decepción.)

¿Y ese tabique?

INÉS: Es que pensábamos hacer una reforma, pero al decidir venderlo, no la hemos terminado. El que lo compre lo pondrá a su gusto. ¿Quiere ver la cocina?

COMP.2: ¿Qué van a hacer con los muebles?

INÉS: ¿Qué?

COMP.2: Que si lo van a vender amueblado o piensan llevárselos o deshacerse de ellos.

INÉS: Todavía no lo he decidido. Depende del comprador.

COMP.2: Es que yo tengo un brocante. Le podría hacer un buen precio por el lote. El transporte corre de nuestra cuenta.

INÉS: De momento lo que quiero vender es el piso. ¿Quiere ver la cocina?

COMP.2: Si no le importa, prefiero ver el baño.

INÉS: Sí, claro, por aquí. Pase.

(Le cede el paso. La mujer queda a la vista del público y a COMP.2 se le oye en 'off'.)

INÉS: Es esa puerta. Ahí está el interruptor de la luz. Como ve, es completo y...

COMP.2: *(Off)* Con permiso.

(Se oye la puerta del baño. La tapa del inodoro. La cisterna. La tapa, de nuevo. El grifo del lavabo. La puerta que se abre. Seguidamente, la compradora sale de nuevo hacia el salón, observada por la mujer que ha seguido perpleja la operación.)

COMP.2: ¡Qué a gusto me he quedado! El piso es precioso, de verdad. Tengo mucha prisa, puede que la llame para verlo con más detenimiento. Por cierto, no hay jabón en el lavabo.

(La compradora sale por la puerta. La puerta se cierra tras ella. Inés gira sobre sus talones, anonadada.)

(Por la zona de acceso a las habitaciones sale otra compradora.)

INÉS: Mire lo que quiera.

(La nueva compradora se dirige directamente hacia las habitaciones. Inés no se mueve. Tiene el cansancio y el escepticismo de quien ya ha recibido muchas visitas similares. Se le oye a la nueva compradora exclamar.)

COMP.3: *(Off)* ¡Qué preciosidad! ¡Qué vistas! ¡Qué buena orientación! ¡Qué luz!

(La cara de Inés comienza a iluminarse. La compradora asoma la nariz por cajas.)

COMP.3: Me encanta.

(Señalando el tabique.)

¿Y eso?

INÉS: Es una reforma que comenzamos y...

COMP.3: ¡Magnífico!

INÉS: ¿Cómo dice?

COMP.3: Venga aquí, por favor. Mírelo desde aquí.

(Inés obedece.)

¿Se ha dado cuenta de la figura que proyecta sobre la pared la silueta del tabique?

INÉS: *(Un tanto desconcertada, pero sin querer llevarle la contraria.)* No me había fijado. Bonita, sí.

COMP.3: ¿Y esos pegotones de cemento sobre la madera, no son realmente sugerentes?

INÉS: Pues ahora que lo dice...

COMP.3: Si me lo permite...

(Saca una cámara de fotos del bolsillo.)

Es que soy fotógrafa y cuando veo algo así...

INÉS: Adelante, adelante.

(La compradora saca unas cuantas fotos del tabique, los buzos sobre el suelo, todo lo referente a la obra.)

COMP.3: Bien. Soy la abogado de Manolo y Cía. Veo que de momento han respetado la propiedad de la compañía.

(Ofrece a Inés su tarjeta de visita y la deposita ostensible y displicentemente sobre el tabique.)

INÉS: ¿Cómo dice?

COMP.3: Pero veo también que han puesto el piso a la venta. Espero que especifiquen en el contrato de compraventa que esta obra está parada, y permanecerá parada hasta que Manuel María Gómez Castro sea dado de alta de sus lesiones. En caso de que se les ocurra atentar contra su propiedad, se las verán conmigo en los juzgados. ¿Entendido?

(Sale dejando a Inés boquiabierta. Seguidamente ésta recoge la tarjeta que la abogado le dejó sobre el tabique.)

(Oscuro.)

4ª ESCENA

Los ladrones

(El mismo decorado. En el oscuro oímos ruidos procedentes de la puerta de entrada. Por fin esta se abre y vemos la luz de una linterna iluminando el espacio. Entran dos hombres. Uno va vestido de traje y corbata, el otro, parece una copia del caco Bonifacio. Los hombres recorren el espacio con gran tiento. En un momento determinado, el de la corbata enciende la luz.)

LUIS: ¡¿Qué haces, Manolo?!

MANOLO: Encender la linterna.

LUIS: ¿Quieres que nos trinquen? Apágala.

MANOLO: Vale.

(Apaga la linterna y enciende la luz. Luis corre hacia el interruptor susurrando cabreado y asustado.)

LUIS: Me cago en tu... *(A oscuras)* inutilidad. Si es que no tenía que haber venido contigo, si es que... Manolo, ¿Manolo?

MANOLO: ¿Qué?

LUIS: ¿Dónde estás, joder, que no te veo?

MANOLO: Aquí.

LUIS: Acércate un poco, no me pongas nervioso.

MANOLO: Es que yo tampoco te veo.

LUIS: Pues guíate por mi voz.

MANOLO: Guíate tú, no te fastidia. A mí la oscuridad me paraliza.

LUIS: Pues ya sabías a lo que veníamos.

MANOLO: Pero no sabía que no se iba a ver nada.

LUIS: Si es que no es normal esta oscuridad, joder. Hay luna llena y tendría que llegar algo de luz de las farolas.

MANOLO: Ya, pero las persianas están cerradas herméticamente.

LUIS: Joder, pues entonces enciende la linterna.

MANOLO: ¿Para que me vuelvas a montar la bronca?

LUIS: Manolo, no me jodas. No sabía que las persianas estaban cerradas, enciende la linterna de una puñetera vez.

MANOLO: No sé dónde la he dejado.

LUIS: No me jodas.

MANOLO: Oye, para ya, que yo no tengo la culpa. Si no te hubieras puesto así...

LUIS: Vale, lo que quieras, pero busca de una puta vez esa puta linterna.

(La luz se enciende. Manolo mira a su alrededor, ve la linterna y se la da, muy digno, a Luis.)

MANOLO: Toma, enciéndela tú. Y si me vas a seguir hablando en ese tono te dejo aquí solo.

LUIS: ¿Me puedes decir para qué quiero la linterna si ya has encendido la luz? ¿Eres gilipollas o te estás quedando conmigo?

MANOLO: Te lo he advertido.

(Va muy digno y decidido hacia la puerta de salida. Luis le intercepta el paso.)

LUIS: ¿A dónde vas?

MANOLO: Te lo he dicho, no me gusta que me hables en ese tono.

LUIS: Definitivamente, eres gilipollas.

MANOLO: Déjame abrir la puerta, por favor.

LUIS: Pero, ¿de qué vas?

MANOLO: No soporto tus modales, ya está.

LUIS: ¿Pero qué modales ni qué cojones? ¿Qué eres? ¿Mi novia? ¿Somos una pareja dando la brasa sobre la crisis de nuestra relación o qué hostias somos? Somos chorizos, joder, delincuentes. Si te toca los cojones cómo te hablo, pues me hablas tú a mí peor y ya está, pero no me jodas con los tonos que pareces maricón.

MANOLO: Eres un grosero. Yo no tengo por qué hablar como tú. Y además, cuidadito con lo que dices, mi hermano es homosexual y a mucha honra. ¿O es que eres homófobo?

LUIS: Lo que soy es un desgraciado. Con la de buenos quinquis que hay sueltos, con la de tíos legales que podría haber encontrado para este curro, voy y te cojo a ti.

MANOLO: No te salgas por la tangente. ¿Eres homófobo?

LUIS: Que no, tío, que no me vas a meter en una discusión, que esto no es 'Los debates de la 2', que yo he venido aquí a mangar, y tú también. Así que céntrate.

MANOLO: Vale. Pero no soy ningún quinqui. He aceptado este trabajo porque no me salía otra cosa. Y si quieres que siga trabajando contigo tendrás que respetar a mi hermano.

LUIS: Lo mismo me da un ataque.

MANOLO: Tranquilo. Tú lo has dicho, a lo nuestro. Voy a las habitaciones.

(Para en seco.)

¿Lo prefieres con luz general o con linterna?

LUIS: *(Que acaba de echar un vistazo y por primera vez desde que han entrado cae en cuenta de que están en un piso prácticamente vacío y en obras.)* Va a dar exactamente igual.

MANOLO: Hombre, igual no. La luz general permite un trabajo más rápido, pero la linterna le da cierta estética.

LUIS: ¿Estética? Mira bien, anda.

(Manolo mira a su alrededor.)

MANOLO: ¿Qué pasa?

LUIS: *(Conteniéndose.)* Este piso está en obras.

MANOLO: Ya lo veo.

LUIS: Además está sucio de cojones, y por cómo están amontonados los muebles, aquí no vive nadie desde hace tiempo.

MANOLO: Ya lo sabía. ¿Cuál es el problema? ¿Eres alérgico al polvo?

LUIS: Soy alérgico a ti. ¿Qué coño hacemos aquí, Manolo? ¿Qué cojones esperas encontrar en un piso vacío?

MANOLO: No empecemos, por favor.

LUIS: *(Conteniéndose e imitando su tono.)* Responde, por favor.

MANOLO: ¿No queríamos empezar por algo poco arriesgado?

LUIS: Claro, también podíamos haber ido a mangar piedrecitas al río.

MANOLO: Yo no estoy dispuesto a cometer delitos ecológicos.

LUIS: *(Acercándose amenazador a Manolo y levantándole por las solapas.)* Te estás quedando conmigo, ¿verdad, cacho cabrón? ¿Sabes qué le pasa a la gente que se queda conmigo?

MANOLO: *(Asustado.)* La gente sustrae cantos rodados de los ríos para adornar los jardines, si eso se hace en grandes cantidades, los ríos pierden su ribera y...

LUIS: *(Con su cabeza pegada a la de él. Aún conteniéndose, pero al borde del ataque.)* ¡Cállate! Nadie va a robar cantos rodados. Cállate y escúchame. ¿A qué hemos venido?

MANOLO: *(Muy asustado.)* A robar, ¿no?

LUIS: ¿Qué?

MANOLO: Que hemos venido a robar.

LUIS: Sí, joder, pero ¿qué? ¿Qué podemos robar aquí?

MANOLO: *(Conciliador.)* Lo que queramos. No hay nadie.

LUIS: *(Lo suelta, impotente.)* Nadie ni nada, Manolo. NADA.

MANOLO: Vamos a mirar bien.

LUIS: ¿Qué te quieres llevar? ¿Un sofá? ¿Una alfombra? ¿Unos cuántos ladrillos? ¡¿En la moto?!

MANOLO: Teníamos que haber traído el coche, mira. En eso te doy la razón.

LUIS: Da igual. Tampoco se saca un duro por los muebles usados. Vámonos.

(Se acercan a la puerta. Se oyen ruidos en la cerradura. Tras un segundo de desconcierto, se esconden detrás de un sofá, protegidos por unas alfombras que están enrolladas y apoyadas en la pared. Entran dos mujeres, hablando ruso, o algo parecido. Llevan sendas linternas y sacos. Hablan en susurros y actúan rápida y eficazmente. Tras un vistazo rápido al salón van hacia las habitaciones. Se oyen ruidos apagados de cajones abriéndose y de objetos cayendo al saco. Vuelven a aparecer, cada una por un lado del salón. Echan un último vistazo a éste, se llevan parte del instrumental de los obreros. También su ropa usada. Descubren la linterna. La cogen y salen corriendo. Todo ha transcurrido en cuestión de dos o tres minutos. Tras otro minuto de espera, en silencio, Manolo y Luis salen de su escondite.)

MANOLO: ¿Has visto?

LUIS: Nos han robado.

MANOLO: ¡Qué rapidez, oye!

LUIS: ¡La madre que las parió!

MANOLO: Sí. Porque eran mujeres, ¿no?

LUIS: La mafia del Este.

MANOLO: ¿Qué?

LUIS: ¿No has oído hablar de la mafia del Este? ¿No ves los telediarios? Me cago en sus muertos. Estos extranjeros van a acabar con el país. Así vamos, joder, así vamos. Llegan de quién coño sabe dónde y te quitan el pan de la boca.

MANOLO: ¿Ves cómo había algo en la casa?

LUIS: Oye, tú me quieres dar la noche, ¿no? Me quieres joder bien jodido.

MANOLO: No, pero me reconocerás que no llevaban los sacos vacíos.

LUIS: Porque cogen cualquier cosa, los muy guarros. Lo que no quiere nadie, eso se llevan.

MANOLO: Bueno, si a nosotros no nos iba a servir...

LUIS: Muy bonito. Como a mí no me sirve, que se lo lleven, ¿no? Que nos limpien los pisos, que acaben con todo. Este país se va a ir a la mierda, como sigamos así. No va a haber quién lo levante, te lo digo yo.

MANOLO: A mí me gustaría saber qué se llevaban en los sacos. Por curiosidad.

LUIS: Pues a mí me da igual. Nos han levantado un piso, eso es lo que tengo claro. Las muy zorras.

MANOLO: Oye, qué rápidas, y con qué limpieza. Tris, tras. Se ve que son profesionales.

LUIS: No te jode, como que tienen estudios. Estas a lo mejor tenían hechas varias carreras. En esos países de comer, nada, pero universidades, idiomas y todo eso... lo que quieras.

MANOLO: Ya ves, y después aquí tienen que trabajar como nosotros, en lo que salga.

LUIS: *(Alterado.)* ¿Qué quieres? ¿Que les den plaza en las escuelas, o en los hospitales, con todos los médicos parados que hay en España?

MANOLO: Médicos parados habrá en la calle, porque en los ambulatorios, los pobres, no paran.

LUIS: ¿A ti te gustaría que a tu madre la atendiera un médico extranjero?

MANOLO: A mí me gustaría que la atendieran. Que la otra vez fue a urgencias con un brazo roto y para cuando la cogieron tenía el brazo roto, le había subido el azúcar de los nervios y había pescado una gripe de uno de esos virus de hospital. Casi no lo cuenta.

LUIS: Con gente como tú no se va a ninguna parte, Manolo. Pro-invasores, pro-maricones, pro-ecológico... A lo mejor eres también feminista.

MANOLO: ¿Te parece mal?

LUIS: *(Gritando, fuera de sí.)* ¿Mal? ¿Mal? Me parece que eres un puto infiltrado, tío. ¿Qué haces aquí de mangui? Móntate una ONG de esas, vete a salvar moros al estrecho, si te parece, cástate con una india, o hazte maricón con un indio, lo que quieras, pero deja en paz a la gente decente, joder. Ahora, que sepas que vais a hundir el país. Eso que se te meta en el puto cerebro podrido de maricón caritativo de mierda que tienes.

MANOLO: Tú no sabes tratar a la gente.

LUIS: ¡Pero sé lo que hay que saber! Sé que nuestros viejos y nuestros abuelos se partieron la espalda y se jodieron el estómago comiendo porquería en Alemania, o Inglaterra, o América, para mandar aquí dinero y levantar este país, ¿para qué? ¿Para que sus hijos aprendieran que los maricones tienen derecho a casarse? ¿Para que sus nietos no tengan una familia como Dios manda porque les han metido en el extranjero la jodida idea de que el divorcio es normal? ¿Para que sus nietas estén más preocupadas de hacerles la competencia a los hombres que de traer hijos al mundo? ¿Para que, encima, cuando han conseguido que la economía de este país vaya bien -porque lo consiguieron ellos, mandándonos divisas- ahora lleguen los moros o los comunistas a saquearlo?

MANOLO: No sé si te das cuenta, pero lo que dices es incoherente.

LUIS: ¿Y qué? Si soy incoherente, soy incoherente, pero en mi casa. Estoy en mi país, soy un hombre como es debido y eso me da derecho a ser lo que me dé la puta gana.

(Va hacia la puerta. Frena en seco y amenaza:)

Ahora, te advierto una cosa: mi vieja tiene un diccionario. En cuanto llegue a casa pienso cogerlo, mirar lo que quiere decir "incoherente", y si no me gusta... te puedes ir preparando.

MANOLO: Quiere decir "falta de lógica".

LUIS: ¡¿Yo?! ¡¿Yo estoy falta de lógica?! ¡¿Me vas a decir tú a mí que yo estoy falta de lógica?!

(Suena el timbre de la puerta.)

LUIS: *(En el mismo tono.)* ¡Pase, está abierto!

(La puerta se abre y aparecen dos municipales. Luis y Manolo se quedan petrificados. Uno de los municipales mira la cerradura rota y les mira después interrogante. Manolo reacciona.)

MANOLO: Nos han robado.

(Luis le mira con sorpresa no exenta de cierta admiración.)

LUIS: Sí, no hace ni diez minutos.

MANOLO: Les hemos visto, eran dos.

MUNICIPAL: ¿Han dado parte?

MANOLO: No. Ahora lo estábamos discutiendo, no sabemos si merece la pena.

MUNICIPAL: ¡Pues claro que merece la pena! Es su deber dar parte. Pasen por comisaría cuanto antes. Por esta vez no tendremos en cuenta la denuncia.

LUIS: ¿Qué denuncia?

MUNICIPAL: Nos ha llamado uno de sus vecinos, asqueado de oírles discutir. Entiendo que estén alterados por el robo, pero no se puede gritar así, son las dos de la mañana. Buenas noches.

(Salen.)

LUIS: Joder, qué librada.

MANOLO: Ya lo creo. Llegan a venir hace diez minutos y las pillan con las manos en la masa.

LUIS: Yo seré incoherente, pero tú eres imbécil. Qué librada la nuestra.

MANOLO: Si no hemos hecho nada.

LUIS: Allanamiento se llama lo que hemos hecho, intelectual, allanamiento.

MANOLO: Es verdad.

LUIS: Vámonos cuanto antes, anda. No vaya a ser que se mosqueen.

MANOLO: ¿Vamos a denunciar el robo?

LUIS: Oye, ¿tú de qué vas?

MANOLO: No, si yo nunca he sido chivato, pero como a ti te caen tan mal...

LUIS: Vamos, vamos antes de que te... vamos.

MANOLO: Espera.

(Comienza a buscar algo.)

LUIS: ¿Se puede saber qué coño buscas ahora?

MANOLO: La linterna. No la veo, tío. ¡Se la han llevado!

LUIS: Te jodes. ¿A ti no te caían tan bien?

MANOLO: No, si a mí no me importa, pero es de mi padre. Se la he cogido prestada. Se va a poner como una fiera.

LUIS: *(No pudiendo dar crédito.)* ¿Tú de dónde cojones has salido?

MANOLO: No, en serio, ya me puedes ir consiguiendo una... ¿A dónde vas?

LUIS: *(Saliendo.)* Con un turco, ¿me oyes? Con un turco o con un chino me asocio yo antes de volver a ningún sitio contigo. En cuanto salgamos de aquí no te quiero volver a ver en la vida.

(Sale seguido de Manolo, cuyas últimas quejas se oyen en off.)

MANOLO: *(Off.)* A mí tampoco me interesa tu compañía. Eres un antisocial. Pero eso no tiene que ver para que me ayudes con lo de la linterna, el trabajo era a medias, así que la pérdida... vale, me callo.

(Oscuro.)

5ª ESCENA

La masajista de Harvard

(Entran en escena. Ella, la hija del dueño del piso, vestida con bata blanca –es masajista- y una señora ni muy rica ni muy pobre, vestida de calle con bolso. El sofá está totalmente extendido y el tabique descubierto.)

ELLA: Pase usted.

(La señora la sigue.)

Es usted una privilegiada. Será de las pioneras en recibir la terapia masaje, en donde usted misma irá notando cómo se levanta el muro de su autoestima. Pase, pase.

SEÑORA: *(Recelosa, observando el tabique.)* Sí, muy original. En el cartel de la portería dice que es usted masajista titulada en Harvard. Parece que no ha terminado usted de instalarse. Debo ser la primera en caer... digo, en subir.

ELLA: No, no. ¿Lo dice usted por esto?

(Señala el tabique y se acerca a él.)

Es parte de la terapia que junto a los masajes de estas manos prodigiosas

(las exhibe)

la van a llevar a usted al... al paraíso.

SEÑORA: *(Recelosa.)* No entiendo bien. Si quiere, me da cita para otro día y usted termina de...

ELLA: ¡Qué barbaridad!

(La coge del brazo.)

Pase usted a esa habitación. Se quita la ropa y se pone la toalla que hay encima de la cama.

SEÑORA: *(Soltándose del brazo.)* No, desnudarme no. Yo he venido sólo por el cartel, un masaje. Me duele mucho la espalda y no sé ya a qué recurrir. Lo del cartel, el nuevo método aprendido en Harvard, me ha hecho subir... por desesperación. Pero desnudarme, no.

ELLA: No me ha entendido. Sólo el vestido. Déjese usted las bragas y encima la toalla. Es usted muy hermosa. Con esta nueva técnica, la expresión de su cara cambiará.

(La empuja hacia la habitación. La señora sale. Ella acomoda el sofá abierto, lo limpia, se frota las manos, se pasa las manos por el cuerpo, como ardiendo en deseo, algo loca. Entra la señora envuelta en la toalla.)

ELLA: Muy bien. Venga. Túmbese aquí. Mirando al tabique.

SEÑORA: ¿Es necesario que lo mire?

(Lo señala con estupor.)

ELLA: Descubrirá que este tabique no es una casualidad. Está ahí puesto a propósito, para levantar los espíritus... y... otras cosas. Este tabique es el gran descubrimiento, la innovación de los masajistas licenciados en Harvard. Túmbese.

(La señora se tumba boca abajo. ELLA abre la toalla dejando la espalda al descubierto y la acaricia con los dedos. Coge un bote que habrá en el mueble, al lado del sofá. Embadurna sus manos y comienza los masajes muy despacio.)

Entiendo sus reticencias a desnudarse; así, nada más llegar. A mí me pasó algo parecido. Yo sabía a lo que iba pero a pesar de eso... Bueno, él era muy atractivo. Habíamos quedado en su casa. Nos habíamos visto sólo una vez, pero es que era tan atractivo. Bueno, que llego a su casa, llamo, me abre, entro, y me dice: "Pasa y desnúdate".

SEÑORA: ¿Así, de pronto? ¿Sin más? ¡¿Tú qué hiciste?! ¿Te puedo llamar de tú?

ELLA: Por supuesto. ¿Qué iba a hacer? Había ido a eso.

SEÑORA: ¿Pero te desnudaste de golpe, con la luz encendida y él allí delante?

ELLA: Me dejé las bragas, como tú ahora. Pero él me dijo: “Eso también fuera”.

SEÑORA: ¡Qué corte, ¿no?! Y... ¿te las quitaste?

ELLA: En pelotas me quedé. Y él mirándome de arriba abajo, sin pestañear. Si le hago daño me lo dice.

SEÑORA: No, no, está muy bien así. Sigue. ¿Era guapo?

ELLA: Ya se lo he dicho. ¡Guapísimo! Alto, moreno. Estaba buenísimo. Tenía gafas, de esas de ver de lejos.

SEÑORA: Yo es que me muero si se pone a mirarme así un tío con gafas.

ELLA: Bueno, lo de las gafas es lo de menos, ¿no?

SEÑORA: Mujer, con gafas parece que ven más. Si lo conoces y se desnuda él, pues ya te enrollas y es otra cosa. Pero así, en frío, las gafas ayudan bastante.

ELLA: ¡Huy, no hacía nada de frío! Yo estaba sudando del calor que me entraba al mirarme. Y el calor me subió cuando el tío se acerca y empieza a recorrerme, despacio, el cuerpo con un dedo.

(Al decirlo, hace lo mismo con la señora.)

¡Me entró un escalofrío!

SEÑORA: ¡Ay! Y a mí ahora, al pasarme tú el dedo...

ELLA: Fíjese qué corte. Él no se había quitado ni la chaqueta. Yo estaba que me moría, y va él y ¡zas!, me coge un pecho y me lo levanta.

(Se lo coge a sí misma, mientras que la señora la mira.)

Cerré los ojos y me dije: “De perdidos, al río. ¡Que sea lo que Dios quiera...! Y sonó el timbre.

SEÑORA: ¿Qué timbre? ¿Que sonó el timbre cuando te tenía cogido el...?
¿Qué timbre?

ELLA: El de la puerta. ¡Qué timbre iba a ser! Me soltó y fue a abrir.

SEÑORA: ¿Y tú qué hiciste?

ELLA: Taparme con las manos, los brazos, lo que pude; no fuera a entrar su mujer.

SEÑORA: ¡Qué mal lo pasarías! ¿Y quién era?

ELLA: Su novio.

SEÑORA: ¿Cómo? ¿Su novio? ¡¿Qué novio?!

ELLA: *(Subiendo las manos al cuello de la señora.)* ¿Está bien así? ¿Le relaja el cuello?

SEÑORA: Sí, sí. Sigue. ¿El novio de quién, entró?

ELLA: El suyo. Que el tío tenía un novio. “Pasa, Juan”, le dijo. Y me lo presenta. “Es Juan, mi novio. Piloto de avión. ¿Te importa que se quede aquí mientras te pinto?” No esperó mi respuesta, puso un caballete en el centro de la habitación y a partir de ahí como si yo fuera un tiesto con flores. ¡Y se echaba unas miradas con su maromo...!

SEÑORA: Bueno, mejor así, ¿no? Así tú estarías más tranquila sabiendo que ellos...

ELLA: No te creas. Los peligros que corres hoy... en fin, que nada, que yo ya estaba dispuesta, y nada.

SEÑORA: Llevas razón. En las películas siempre pasa algo y hay sexo, pero a nosotras esas cosas no nos pasan.

ELLA: Hoy día no hay que hacerse ilusiones con los hombres. O son muy cortados y no se atreven o se lo hacen entre ellos... Tal vez sea lo mejor. Los hombres con los hombres y las mujeres... entre nosotras. Nos evitaríamos muchos problemas. ¿Tú has probado alguna vez con una mujer? Con este cuerpo que tienes...

(La masajea con placer.)

SEÑORA: *(Se levanta, se ajusta la toalla, sofocada.)* ¡Huy, qué tarde es! Me tengo que marchar. Perdona.

(Se dirige hacia la habitación, choca con el tabique. Se da la vuelta y se dirige hacia la salida.)

ELLA: Pero no se ponga así.

(La sigue.)

¿Qué prisa tiene?

SEÑORA: Otro día seguimos. Quiero decir, con el masaje de Harvard.

(Sale precipitadamente.)

ELLA: ¡Espere! ¡La ropa! ¡Que se va con la toalla...!

(Oscuro.)

6ª ESCENA

La mártir

(El portero permanece sentado en un extremo del sofá con los plásticos puestos. Lee el periódico. Entra la hija de los dueños del piso. Se sienta en el otro extremo del sofá.)

ELLA: Oye, perdona... ¿tienes que estar mucho tiempo aquí esperando?

PORTERO: ¡Y a ti qué te importa!

ELLA: *(Se acerca un poco en el sofá.)* ¿Te pagan mis padres por enseñar el piso?

PORTERO: ¿Saben ellos que estás aquí? ¿Los llamo?

ELLA: Bueno, no te pongas así. No te estoy haciendo nada. Sólo estoy aquí, sentada.

(Ella se acerca un poco más a él.)

PORTERO: Pero bueno, ¿tú eres tonta o qué?

ELLA: Desde luego... los hombres sois todos iguales. Creéis que estamos todas deseando... ¡No te voy a comer!

PORTERO: Por favor. Estoy leyendo el periódico. No te pongas pesada.

ELLA: ¡No puedo más!

(Se pone a llorar.)

Llevo más de un año detrás de ti. No quieres hablar conmigo. Cuando me cruzo contigo ni me miras. Me meto en el ascensor a propósito cuando estás bajando la basura. Pero ya no puedo más. Estoy sufriendo y pasándolo mal.

PORTERO: Y a mi qué me cuentas! Es tu problema.

ELLA: ¿Es mi problema estar enamorada de ti?

PORTERO: ¿Pero por qué estás enamorada de mí si sólo soy el portero del bloque, y mayor que tú?

ELLA: Me desprecias. ¿Te parece poco?

PORTERO: ¿Y porque te desprecio, estás enamorada de mí? ¡Venga!

ELLA: *(Se acerca más a él.)* ¡Cásate conmigo, por favor te lo pido! Soy rica, guapa, culta, tengo una casa maravillosa.. un perro. ¡Te lo doy todo! ¡Todo!

PORTERO: Pero bueno, ¡qué manía has cogido! Yo no me quiero casar. A ver si te enteras. Soy portero de pisos, me gusta estar todo el día barriendo las escaleras, sacando la basura, hablando con todo el que entra y sale. No quiero tener una casa, y niños y ver la televisión en la que cuenta la vida de estúpida de seres estúpidos. Yo soy un poeta de los ascensores, de las escaleras, de los rellanos. Y odio a las mujeres. A ver si te enteras.

ELLA: Pues por eso te quiero más. Necesito sufrir viviendo a tu lado. Tengo vocación de mártir de hombres y sé que tú eres el mejor partido del mundo para la desesperación.

PORTERO: ¿No ves que lo hago por tu bien? Te iba tratar fatal.

ELLA: *(Ofreciendo un paquete que lleva en las manos.)* Te he traído un regalo. Ábrelo, por favor.

PORTERO: *(Coge el paquete y lo abre. Saca un cinturón de castidad de plástico.)* ¿Qué es esto?

ELLA: Un cinturón de castidad. Es de plástico, pero imitación de los antiguos. Me lo pondré cada vez que te vayas, para que sepas que te seré fiel siempre.

PORTERO: Bueno, desde luego, las mujeres cuando os empeñáis en algo...

ELLA: A pesar de mi edad, soy una mujer muy antigua. Necesito un monstruo como tú para ser completamente desgraciada, como mi madre.

PORTERO: ¡Que no me caso, leches!

(Se levanta del sofá y tira el periódico.)

Y menos contigo, ¡paliza, que eres una paliza! ¡Vete de aquí y déjame en paz! Antes de casarme contigo me mato.

(Ella se levanta también. Mete la mano en el bolso, saca una pistola y se la enseña sin empuñarla.)

PORTERO: ¿Eso qué es?

ELLA: Una pistola. ¿No lo ves?

PORTERO: ¿Ahora viene el momento del suicidio por amor? ¡Lo último que nos faltaba! Pero sepárate un poco, que no me manches la ropa.

ELLA: Perdona, querido, pero no es para matarme. Es para matarte a ti. Esto es un crimen justificado, por amor.

(El portero se queda petrificado y balbucea.)

PORTERO: Pero... pero, ¡tú estás loca!

ELLA: Sí. ¿Ahora te das cuenta? Completamente loca. ¡De remate!

(Y dispara.)

(Oscuro.)

7ª ESCENA

Las okupas

(Dos punkis, La Rizos y Pili, sentados o tumbadas en el sofá abierto y con cartones encima. Litronas vacías tiradas por el suelo y un par de ellas medio llenas, de las que beben. Un cartel pegado al muro en el que se lee "KULTURA HALTERNATIVA". Llega otra punki, Juanita.)

JUANITA: ¡Hola, qué pasa, tías! ¿No habéis ido a la manifiesta?

LA RIZOS: Nos hemos tenido que joder aquí, por si venían los maderos a echarnos. ¿Qué tal ha estado?

JUANITA: No, si yo tampoco he ido. Me dolía una muela. He tenido que ir a una farmacia.

LA RIZOS: *(Cabreada con Juanita.)* Pues nosotras aquí, de guardia, por si llega la bofia y tú comprando drogas capitalistas.

JUANITA: ¿Y si vienen, qué hacemos?

PILI: Resistir, llamarles cabrones y escupirles. Y si la cosa se pone mal, salir por piernas.

LA RIZOS: Casas como ésta, medio abandonadas, hay dabuten. Ésta creo que es mi... mi séptima okupa.

JUANITA: Oye tía, pues precisamente quería yo hablar contigo. Es que como te ha tocado antes la papeleta de Ángel, el que venía conmigo, quería yo saber... vamos, más que nada por saberlo, si no te importaría cambiármelo por El Rubio, que es el que me ha tocado a mí.

LA RIZOS: Oye, tía, me tocó en el sorteo ese, ¿no? Pues ya está.

JUANITA: Ya. Pero es que a mí el Rubio no me gusta nada. A mí el que me gusta es Ángel.

LA RIZOS: ¿Y a mí qué me importa el que te gusta o te deja de gustar? Tú te quedas con el que te ha tocado, y no andes enredando con los tíos, que eso no es legal.

PILI: Si no te gusta, te aguantas. ¡No te digo la estirá!

JUANITA: Y cuándo se cambia otra vez.

LA RIZOS: Mientras estemos en esta casa, nunca.

PILI: Si vienen a echarnos... y okupamos otra, haremos otro sorteo.

JUANITA: Es que yo te lo digo, como vinimos juntos Ángel y yo...

LA RIZOS: Da igual si vinisteis juntos o separados.

JUANITA: Ya, pero es que... Verás, no sé cómo decírtelo. A mí Ángel, además de ser el que más me gusta, es que es... mi marido.

PILI: ¿El marido, de quién?

JUANITA: Estamos casados. Nos vinimos aquí de okupas porque el banco nos echó del piso por no pagar la hipoteca. Yo no sabía que aquí se sorteaban las parejas.

PILI: Pues te aguantas. No haber venido. ¿No te jode la pringá ésta? ¿Casados? ¿Y con papeles y todo?

JUANITA: Claro. ¿No te he dicho que es mi marido? Yo trabajaba en una oficina y él en una fábrica. Nos quedamos los dos en el paro.

LA RIZOS: ¿Nos vas a contar ahora tu vida, guapa? Para eso nos compramos una televisión, como mi madre. Si quieres, te la presento y se lo cuentas a ella, pero a mí no me des la vara.

JUANITA: Poneros en mi lugar. Todos podemos necesitar un favor.

LA RIZOS: Para una vez que he pillado bien, casado o soltero, tu lo que sea está okupao, como el edificio. A ver si te enteras.

PILI: Tú te quedas con el Rubio, que para eso te ha tocado.

JUANITA: Al Rubio le faltan tres dientes de delante. Le he preguntado cuándo se duchó la última vez y me ha dicho que aquí no hay agua corriente. Que no se iba a duchar con agua mineral.

PILI: ¿Y eso qué tiene que ver, tía?

LA RIZOS: No lo mires. Ni lo huelas.

JUANITA: Es que no puedo aguantar que tú estés con Ángel, te lo juro.

PILI: ¡Anda ésta! ¡Tía, que no te enteras, los tíos son de la que le toca! A lo mejor me toca a mí la próxima vez.

LA RIZOS: ¿No me he aguantado yo cuando me ha tocado el Gordo o el Mantecas? Si vas a salir con mío, tuyo, o rollos de esos malos, a mí ni me hables.

PILI: Nosotras sólo nos enrollamos con gente legal. ¡Mi marido, mi marido! ¿Será gilipollas?

(La Rizos y Pili se van besándose.)

JUANITA: *(Llorando.)* ¡Que venga pronto la policía, por favor!

(Oscuro.)

8ª ESCENA

El indio y la limpiadora

(Una mujer con apariencia de monitora de aeróbic que va a una boda, entra en el piso con su llave, al tiempo que sigue una conversación por teléfono.)

REBECA: Sí, sí, ningún problema, ya estoy dentro. Vale.

(Echa un vistazo al piso.)

Sí, ya veo cómo está ya, hecho un asco. Claro, todo. Sí, sí, general. Hasta luego. Cuelga.

(A lo largo de la conversación ha ido haciendo lo que se hace al llegar a una casa; guardar las llaves, dejar el bolso, etc. Después de colgar, saca de una bolsa de deporte modernísima un chándal. Antes de cambiarse de ropa tendrá que quitar algo del polvo del sofá para no ponerse perdida.)

REBECA: Pues sí que está esto bueno. Saca un pequeño cassette y pone música a todo trapo. Esto ya es otra cosa, mira.

(Comienza a cambiarse a ritmo de Funky. Vemos entrar a un tipo desde la zona de las habitaciones. Va vestido con una indumentaria algo chocante, como de indio de la India. Se tapa las orejas para no oír la música atronadora y ve a Rebeca que, justo entonces se gira y descubre su presencia con gran susto por su parte.)

REBECA: ¡Aaaaaaah! Señala su bolso de mano, muy asustada, 'money in bag'. No me mates, llévatelo todo. 'I no go police. Take the money'.

(El tipo mira hacia atrás, pensando que la enloquecida mujer se refiere a un tercero. Cuando comprueba que es a él a quien se dirige, se vuelve y le ofrece una sonrisa angelical.)

MANOLO: Tranquila, no busco tu dinero.

REBECA: ¿Qué buscas entonces?

MANOLO: Supongo que a mí mismo.

REBECA: *(Desconcertada, intentando mantener la calma)* ¡Ya! Pues tranquilo. Estás aquí. ¡Je, je! Qué despiste, ¿no? A mí me pasa con las gafas. Me vuelvo loca buscándolas por todas partes y resulta que las llevo puestas. Tú te llevas puesto a ti mismo. Y ahora, si eres tan amable de irte contigo a otra parte, pues tan amigos.

MANOLO: No me has comprendido.

REBECA: ¡Uy, que no! Perfectamente, de verdad.

MANOLO: No me puedo ir. Tengo algo importante que hacer aquí.

REBECA: Pues ya somos dos. Yo tengo que dejar esto como los chorros del oro.

MANOLO: Los chorros del oro... ¡qué bonita expresión! Hacía mucho tiempo que no la oía. Yo he venido a terminar el tabique.

REBECA: ¿El tabique? ¿Y me mandan a limpiar? Perdona, tengo que hacer una llamada.

(Coge el móvil.)

No es que no me fíe de ti, pero a mí nadie me había avisado...

MANOLO: *(Señalando el móvil.)* ¿Me permites?

(Rebeca se lo da y él lo apaga. Todos sus movimientos son suaves. Es casi angelical.)

Es que nadie lo sabe. Es algo... personal. ¿Comprendes?

REBECA: Pues no, mira. Y además me estoy poniendo un poco aprensiva. No sé si me explico.

MANOLO: Si es muy sencillo. Ese tabique está a medio levantar y yo no descansaré hasta terminarlo.

REBECA: ¿Qué eres, de 'Albañiles sin Fronteras'? Mira, lárgate antes de que me ponga a gritar, que es lo que voy a hacer si no me devuelves el teléfono, para empezar.

MANOLO: ¿Por qué no me escuchas?

REBECA: Porque no tengo tiempo. Dame el teléfono, anda.

MANOLO: ¿A quién le importa el tiempo?

REBECA: A mí, que trabajo por horas. ¿Me das el teléfono?

MANOLO: Me recuerdas a mí en mi otra vida.

REBECA: Mira, no, no te metas en tema reencarnaciones, que soy muy supersticiosa. ¡Dame el teléfono o grito!

(Manolo le da el teléfono con toda suavidad y aprovecha para sacar una pequeña flauta con la otra mano. Antes de que Rebeca tenga tiempo de reaccionar, ya la está tocando. La mujer se relaja totalmente y con una sonrisa beatífica comienza a seguir las notas con un ondulante movimiento de cabeza. Manolo comprueba que ya está "receptiva" y se guarda la flauta.)

MANOLO: Odio recurrir a esto, pero no hay más remedio.

(Rebeca le sonrío.)

Cómo sois en occidente, de verdad. En la India sólo lo tenemos que hacer con las serpientes.

REBECA: ¿En la India?

MANOLO: ¿A que quieres que te lo cuente?

REBECA: Por favor.

MANOLO: Siéntate, anda. Disfruta de mi conversación. El tiempo no es algo que se pueda medir. A veces, está estancado; otras, sencillamente vuela.

(Efectivamente, en el oscuro que se irá haciendo lentamente sobre la voz de Manolo, veremos pasar a un actor con una camiseta en la que se

lea claramente "tiempo" que, gracias a sus alas, cruzará "volando", muy serio, el escenario. Tras su desaparición, y de nuevo sobre la siguiente frase de Manolo, la luz volverá a iluminar poco a poco el escenario. Rebeca y Manolo están totalmente relajados. Ella se ha descalzado, incluso, y está siguiendo su relato con las piernas recogidas, sobre el sofá.)

MANOLO: Y allí me habría quedado, con todos ellos, contemplando atardeceres en el Ganges durante horas y horas, si no hubiera sido porque algo, en mi interior, no me dejaba encontrar la verdadera paz.

REBECA: ¿Y no te aburrías?

MANOLO: ¿Aburrirme? Muchísimo. Pero ya le había cogido el tranquilo, ¿sabes? Hasta me gustaba.

REBECA: Entonces ¿por qué volviste?

MANOLO: ¿Es que no me has oído? A ver si estamos atentos, que no me gusta repetir.

REBECA: ¡Hijo, perdona!

MANOLO: No, perdona tú. ¿Ves? Ya me estoy contaminando con la impaciencia occidental. Tengo que hacerlo.

(Se levanta.)

Tengo que terminar este tabique cuanto antes.

REBECA: ¡De verdad, qué perra con el tabique!

MANOLO: Es que necesito recuperar mi paz. No se pueden dejar las cosas a medias, hay que cerrar etapas. Yo me fui, pero no me fui libre. Este tabique me persiguió, me lo llevé conmigo, porque no lo había terminado. Parece increíble, ¿verdad? Pero es así. Y no lo sabía. Sólo sabía que había algo que no me dejaba descansar. Regresé para averiguar qué era y me enteré de que, después de cuatro meses, nadie había acabado de levantar el tabique. ¿A que es impresionante?

REBECA: *(Saliendo del encantamiento.)* Lo que es impresionante es lo fácil que lo arregláis todo los hombres.

(Rebeca se levanta y se dispone a comenzar la tarea postergada.)

MANOLO: Ah, de nuevo el viejo occidente. La absurda guerra de sexos.

REBECA: Absurdo eres tú, perdona que te diga. Y no me vuelvas a sacar el chiflo ese, que esta vez estoy prevenida. ¿Tú crees que a ti se te va a curar la avería que tienes levantando un tabique?

MANOLO: ¿No?

REBECA: No, guapo. No. Después del tabique vendrá la tubería, más tarde el tejado, acto seguido...

MANOLO: Pero yo no he dejado todo eso colgado.

REBECA: Son metáforas, fenómeno. Parece mentira que vengas de donde vienes, con lo que son los indios para las metáforas.

MANOLO: ¿Y tú, cómo lo sabes?

REBECA: Por los documentales, que soy muy aficionada. No se disfruta tanto como viajando, pero te enteras mucho más, porque hay un señor listísimo que te lo explica. Es como el fútbol. El ambiente estará en el campo, pero donde mejor se ven las jugadas es en la tele. En fin, a lo que vamos. Que pases del tabique, hazme caso. Porque me vas a dar el día, te vas a deslomar y no te va a servir para nada más que para descubrir que tienes otro marrón, algo más serio, de tipo psicológico, ¿sabes? Bueno, a no ser que quieras profundizar...

MANOLO: Ah, no, profundizar, lo que se dice profundizar, yo no quiero.

REBECA: Eso me parecía.

MANOLO: Pero entonces, ¿a qué he venido yo aquí?

REBECA: ¿Aquí, de a este piso, o aquí de a este mundo? Si es la segunda, volvemos a metemos en arenas movedizas, te lo advierto.

MANOLO: Vale. Pues, a este piso.

REBECA: A ayudarme a mí a limpiar esto antes de las tres, ¿qué te parece?

MANOLO: Mucho curro.

REBECA: Haber pedido "muete". Coge la escoba, anda, que te estoy haciendo un favor.

(Manolo obedece y comienza a barrer.)

(Oscuro.)

9ª ESCENA

El amor

(El decorado es el mismo que el anterior. Entra en escena una pareja, dándose besos.)

ELLA: Ay, Manolo, espera, para un poco.

MANOLO: Si es que te comería.

ELLA: No me digas eso, que soy muy aprensiva. Desde que vi 'El Silencio de los Corderos' no soporto que nadie me diga eso, ya ves.

MANOLO: Perdona ¿Quieres una copa?

ELLA: ¿Ahora?

MANOLO: No sé. Si te apetece.

ELLA: ¿Qué hemos dicho en el bar? Ya basta de beber, vámonos.

MANOLO: Es verdad.

(Se sienta en el sofá y la atrae hacia sí.)

Ven aquí, corderita.

ELLA: Oye, por favor.

MANOLO: Perdona, de verdad, no tengo ni idea de dónde me ha salido. Ha debido ser por lo que has dicho tú, que se me ha quedado en el inconsciente, yo no llamo así a ninguna chica, de verdad. Ven aquí, reina.

ELLA: *(Resistiéndose.)* ¿Es así como llamas a todas tus chicas?

MANOLO: No, sólo a ti. Siéntate aquí, anda.

(Ella se sienta, él comienza a abrazarla y a besarla. Pero ella, aunque se deja hacer, está más interesada en la decoración que en las caricias.)

ELLA: ¿Estás de obras?

MANOLO: *(Sin dejar de besarla.)* Sí.

ELLA: ¿Para qué quieres ese tabique?

MANOLO: Estoy redistribuyendo, luego te enseño.

ELLA: Yo creo que la sala está mejor sin el tabique, te va a quedar enana.

MANOLO: *(Igual.)* Es que la sala no va a ir aquí.

ELLA: Pues es su sitio, cerca de la entrada. ¿Dónde la quieres poner?

MANOLO: *(Separándose.)* Oye, si no te apetece... bueno, lo dices y ya está.

ELLA: Si no me apetece ¿qué?

MANOLO: ¿Qué?

ELLA: Eso, ¿qué?

MANOLO: Bueno, ya sabes... estar conmigo.

ELLA: Estoy muy a gusto contigo.

MANOLO: ¿De verdad?

ELLA: Claro. A ver si te piensas que yo me voy a casa de cualquier tío así como así.

MANOLO: Seguro que no.

(Vuelve al ataque.)

ELLA: ¿Tú te traes aquí a la primera que encuentras?

MANOLO: No.

ELLA: ¿Por qué me has traído a mí?

MANOLO: Porque me has gustado muchísimo.

ELLA: ¿En qué aspecto?

MANOLO: En todos.

ELLA: Eso es una frivolidad.

MANOLO: *(Separándose de nuevo.)* Oye, no sé, creo que no estás centrada. ¿Por qué no te relajas y te dejas ir, en vez de darle tanto al tarro?

ELLA: Lo siento. Es mi forma de ser. Soy una mujer muy analítica. Si lo que te gusta es una mujer inconsciente y superficial, te has equivocado de chica.

MANOLO: No me gustan las mujeres superficiales, pero son las tres de la mañana y... bueno, no sé.

ELLA: ¿Toca follar? ¿Las tres de la mañana significan polvo?

MANOLO: No necesariamente, pero...

ELLA: ¿Pero qué?

MANOLO: ¿Te quieres ir?

ELLA: ¿Quieres que me vaya?

MANOLO: No lo sé. ¿Tú que quieres?

ELLA: Yo quiero estar bien.

MANOLO: Y yo. Y que tú estés bien.

(Recupera posiciones.)

Pero para eso te tienes que relajar un poquito.

ELLA: Estoy relajada. Es sólo que... bueno, igual soy más lenta y además...

MANOLO: ¿Qué?

ELLA: Ese tabique... no nos procura un entorno acogedor, precisamente.

MANOLO: *(Separándose de nuevo.)* Esto lo arreglo yo ahora mismo.

(Quita el plástico que cubre la butaca, se dirige al tabique y lo tapa.)

Ya está.

ELLA: No, por favor, quita eso, de verdad, parece un cadáver.

MANOLO: ¡Qué va a parecer un cadáver! No digas bobadas.

ELLA: Desde aquí lo parece, te lo juro, ¡quítalo!

(Manolo quita el plástico, suspira, vuelve a dejarlo sobre la butaca y se vuelve a sentar.)

Ya está. Ven aquí, miedosa.

(Vuelve a la carga.)

ELLA: ¿A ti no te impresionan los cadáveres?

MANOLO: *(Se separa.)* ¡Me está entrando el bajón, la verdad!

ELLA: ¿Qué quieres decir?

MANOLO: Que no me parece que sea el momento de... bueno, no sé, igual otro día. No pasa nada, de verdad. Yo a la camita, tú a tu casa...

ELLA: ¡Vaya, que me estás echando!

MANOLO: No es eso.

ELLA: ¿Qué horóscopo tienes?

MANOLO: Sí, mira, creo que quiero que te vayas, esto no funciona.

ELLA: *(Sin moverse.)* Muy bien. Ésta es tu idea de una noche romántica, supongo: Ñaca, ñaca, de prisa y corriendo, y se acabó.

MANOLO: No es eso... o sí. Da igual, piensa lo que quieras, no quiero discutir.

ELLA: Me das un poco de pena, de verdad.

MANOLO: ¿Por qué has tenido que decir eso? ¿Por qué? No soporto inspirar compasión, es algo que me desquicia, que me saca de mis casillas, que... Vete.

ELLA: ¿Así?

MANOLO: Así. Vete, por favor.

ELLA: *(Sin moverse.)* Pues me voy.

MANOLO: Gracias.

(Espera. Ella no se mueve.)

¿Puede ser ahora? ¿Ya mismo?

ELLA: Sí. Cuando quieras.

MANOLO: Pues hala, levántate, ve hasta la puerta, ábrela y... ¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?

ELLA: Sobre todo, quiero que me pagues. Son diez mil, quedó bien claro. Es lo que le dije a tu amigo, no sé qué te diría él, pero...

MANOLO: Pero, si no hemos hecho nada.

ELLA: Porque tú no has querido.

MANOLO: ¿Qué?

ELLA: Y porque no quieres, vaya. Yo estoy dispuesta a quedarme y seguir, pero si tú me echas... mira, es cosa tuya. La noche ya la tengo perdida, así que págame y me voy.

MANOLO: Tú lo que tienes es mucho morro. Conque estás dispuesta a quedarte y a seguir. ¿A seguir qué? Si no hemos empezado. Si me has cortado el pedo con la distribución y con el tabique, con el cadáver y hasta con el horóscopo, hasta que se me ha bajado la libido a los pies.

ELLA: Lo del tabique me ha chocado, la verdad. Pero, por lo demás... tu amigo me dijo que lo querías así, que no soportabas la idea de estar con una profesional y que, hasta el final, tenía que parecerte que estabas seduciendo a una chica difícil; si no, no te ponías. Eso me dijo.

MANOLO: Bonita, que me ha costado más de dos horas de cortejo y estrategias diversas de seducción traerte aquí. Una cosa es una chica difícil y otra una mojjigata aburrehombres.

ELLA: Es que encontrarle el punto no es nada fácil. ¿He estado sobreactuada?

MANOLO: Has estado insoportable. Pero bueno, vamos a hacer una cosa, te doy la mitad y en paz. ¿De acuerdo?

ELLA: Vale. Pero me dejas que me quede, ¿sí?

MANOLO: No. Por supuesto que no. ¿Para qué te quieres quedar?

ELLA: No sé. Es que irme a estas horas sola a casa, me da no sé qué. Anda, déjame quedarme. Charlamos un rato, me preparas un cola-caó, me cuentas lo de la distribución...

MANOLO: Oye, para ser yo el que paga, menudo planazo que te estás montando.

ELLA: Te perdono las cinco mil.

MANOLO: Oye, tú eres una puta muy rarita, ¿no?

ELLA: Tú tampoco eres el prototipo del cliente, que digamos.

MANOLO: Supongo que no. ¿Cómo son?

ELLA: ¿Quiénes?

MANOLO: Tus clientes.

ELLA: Hay de todo.

MANOLO: Ya, pero... el prototipo, quiero decir.

ELLA: Ah, ese. Ni fu ni fa.

MANOLO: Sé un poco más explícita.

ELLA: No, mira, perdona. Vamos a hablar de otra cosa. No me gusta hablar de trabajo, ya sabes. Además, te he perdonado la tarifa, así que tendremos que hablar de algo que nos apetezca a los dos.

MANOLO: Si yo te dejo que te quedes en mi casa, será a cambio de algo.

ELLA: De tu deuda.

MANOLO: *(Se levanta a por el dinero.)* Muy bien, he cambiado de opinión, te pago las diez mil, tarifa completa, y te vas. Toma. Cógelo.

ELLA: No quiero.

MANOLO: Cógelo y vete. No te debo nada, ni tengo por qué aguantarte. ¡Venga!

ELLA: Desde luego, si te viera tu madre con esa pinta de chulo machista y despiadado...

MANOLO: Lo que me faltaba. Anda que si viera la tuya a lo que te dedicas...

ELLA: Mi madre murió.

MANOLO: Lo siento.

ELLA: No importa, ya lo he superado. ¿La tuya vive?

MANOLO: Sí. Y muy bien, además. Ahora mismo debe estar bailando como una loca en un hotel de Alicante.

ELLA: ¿Te ha salido un poquito fresca?

MANOLO: ¿Tú de qué vas?

ELLA: Perdona, es que lo has dicho como si te fastidiara.

MANOLO: Pues no me fastidia. Bueno, un poco. Pero poco. Y no por ella, no creas, me alegro de que tenga esa marcha, de que sea capaz de mantenerse joven y atractiva, de que disfrute de lo que le queda de vida, que seguro que son la tira de años a juzgar por su aspecto.

ELLA: ¿Entonces?

MANOLO: ¿Qué?

ELLA: ¿Qué es lo que te fastidia?

MANOLO: ¡Joder, que el que tendría que estar comiéndose el mundo, quemando la ciudad y apagándola con champán, ligando a diestro y siniestro, soy yo, que estoy en la edad! ¿O no? Son los hijos los que deben escuchar de sus padres eso de "ya va siendo hora de que sientes la cabeza", ¿o no? ¿Y yo, en cambio, qué escucho? ¿Eh?

ELLA: La verdad, no lo sé.

MANOLO: *(Imitando a su madre.)* "Ay, hijo, mira que eres muermo, pareces un anciano. A ver cuándo te echas una canita al aire, que te vas a oxidar".

ELLA: ¿Eso te dice?

MANOLO: Entre viaje y viaje, me describe todas sus correrías, me da el consejito, me deja el regalito... y se va. Mira.

(Se levanta y se empieza a abrir la bragueta.)

Te voy a enseñar su último regalo.

(Le muestra un calzoncillo de leopardo.)

Total, para nada. Creo que lo voy a quemar.

ELLA: Harías bien, sí.

MANOLO: No me ves ningún futuro, vaya.

ELLA: No es eso. Es que es feísimo.

MANOLO: Sí, ¿no? Encima eso.

ELLA: ¿Por eso me has contratado?

MANOLO: ¿Por el calzoncillo?

ELLA: No, hombre. Porque no ligas nada.

MANOLO: A ver.

ELLA: Pues no lo entiendo. A mí me parece bastante atractivo.

MANOLO: Pues ya ves. Ni con putas.

ELLA: Hijo, tú también...

MANOLO: Perdona, no quería ofenderte.

ELLA: Yo tampoco ligo nada.

MANOLO: Mujer, con tu oficio... Perdona otra vez.

ELLA: No es culpa del oficio. Yo antes estaba en el archivo de una biblioteca.

MANOLO: ¿Ah, sí? ¿Y por qué lo dejaste?

ELLA: Si te cuento una cosa... ¿me guardas el secreto?

MANOLO: Claro. Bueno, lo de mi madre tampoco me gustaría que saliera de aquí.

ELLA: Tranquilo. No lo he dejado. Esto es un pluriempleo.

MANOLO: Mejor, porque como todas las noches te salgan como ésta... ¿Y por qué te dio por ahí?

ELLA: Pues porque no ligaba. ¿Cómo voy a ligar en una biblioteca si no se puede ni hablar?

MANOLO: Fuera del trabajo podías ligar.

ELLA: Fuera del trabajo hablo tanto, tanto, ya sabes, para compensar, que por lo visto aburro a los tíos.

MANOLO: Ya sé cómo me dices.

ELLA: Así que pensé, yo me pongo un anuncio ofreciendo servicios especiales para casos especiales y, según me llamen, selecciono.

MANOLO: Podías haberte anunciado en el 'Chica busca chico'.

ELLA: Era más caro. Ya sabes, necesitaba tantas líneas para definirme y definir el perfil del hombre que buscaba, que me salía la torta un pan. Y además, eso me daba más vergüenza.

MANOLO: ¿Ah, sí?

ELLA: Sí, como que me iba a sentir un poco evaluada en la primera cita, ya sabes. Y después, si no hay química... pues dos pardillos disimulando que están deseando que pase un tiempo prudencial para largarse sin resultar descorteses.

MANOLO: Te entiendo, sí. Yo me corté por lo mismo.

ELLA: ¿Qué difícil es, verdad?

MANOLO: Para mucha gente no.

ELLA: No te fíes de lo que te cuenten.

MANOLO: No, claro. Si se van a fiar de lo que cuento yo...

ELLA: Y yo. Hoy por ejemplo, tenía una cita con un tío encantador que llevaba un mes echándome los tejos y mandándome flores.

MANOLO: Y yo para los de la cuadrilla -aparte de Jabi, que estaba en el ajo y que lo sabe todo, vamos, que es como mi hermano- ...estaba ligándome a un bombón con una maestría envidiable.

(Ríen. Silencio. Se miran e intercambian una sonrisa de complicidad.)

ELLA: Gracias por lo de bombón.

MANOLO: De nada.

(Silencio. Después, un poco cortado:)

Además es verdad, eres muy guapa.

ELLA: Te quedaba más natural lo de "aburrehombres" o "insoportable".

MANOLO: Yo sí que soy insoportable.

ELLA: A mí me pareces muy majo. Un poco bruto a veces, pero majo.

MANOLO: Majo.

ELLA: Y atractivo. Ya te lo he dicho antes. Vamos, quitándote ese calzoncillo...

(Temiendo que la gracia que iba a hacer se malinterprete.)

Quiero decir... Nada. No quiero decir nada. Es que me embalo y meto siempre la pata. Bueno, es un poco tarde.

MANOLO: ¿Te sigue apeteciendo un cola-caó?

ELLA: Muchísimo. ¿Tienes?

MANOLO: Siempre me tomo uno cuando llego a estas horas.

ELLA: Yo también. ¿Te acompaño a prepararlo?

MANOLO: Vale.

(Ella se levanta.)

MANOLO: ¿Te puedo hacer una última pregunta sobre tu pluriempleo?

ELLA: Venga.

MANOLO: ¿Funciona? Quiero decir... ¿Has tenido encuentros agradables por ese método?

ELLA: De momento, no. Bueno... es que tú eres mi primer cliente.

MANOLO: ¡Vaya!

(Le da la mano.)

Ven.

ELLA: *(Según salen hacia la cocina.)* Perdona que insista, pero ese tabique... no sé.

MANOLO: *(Parándose y acercando mucho su cara a la de ella.)* Ese tabique es un invento de puta madre y creo que se va a quedar así.

(La besa. Ella se queda unos segundos desconcertada; después, hace amago de devolverle el beso. Él separa su cara.)

Primero el cola-caó. La noche es larga.

(Oscuro final.)

ÍNDICE Y REPARTO

1ª Escena.	Los albañiles	1
Ángel Domínguez y Emilio Castilla		
2ª Escena.	El matrimonio	7
Irene Rodríguez y Luis Gómez-Quesada		
3ª Escena.	Las compradoras	11
Irene Rodríguez, Sacra G. Montalvo, Eva Martos e Inma Rguez. Simón		
4ª Escena.	Los ladrones	17
Santi Benavides y José M. Motos		
5ª Escena.	La masajista de Harvard	27
Irene Rovira y Mar Navarro		
6ª Escena.	La mártir	32
Irene Rovira y Ceferino Bustos		
7ª Escena.	Las okupas	35
Mª Victoria Aguilar, Coral Vega y Mª Luisa García		
8ª Escena.	El indio y la limpiadora	38
Ángel Domínguez y Pepa Hidalgo		
9ª Escena.	El amor	44
Carmen Ortega y Pablo Gutiérrez		